

LA DOBLE MUERTE DE MI ABUELO NARCISO

SANTIAGO R. SANTERBAS

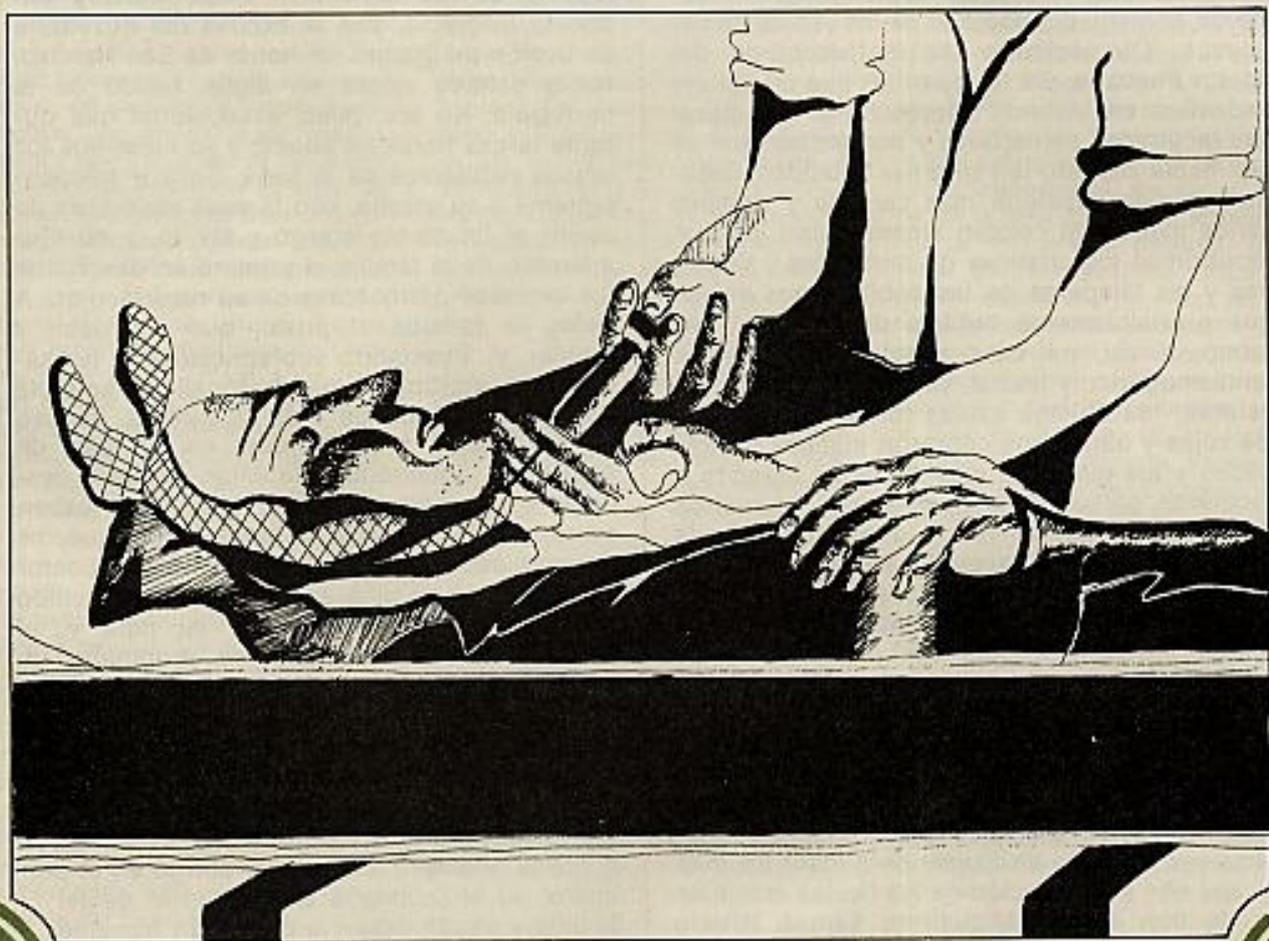
QUIZAS don Anselmo Pastrana, facultativo de la marina mercante y amigo íntimo del finado, hubiera podido explicar en términos científicos la doble muerte de mi abuelo Narciso. Pero el doctor Pastrana exhaló su último suspiro hace ya muchos años, y considero hartamente improbable que, de estar aún vivo, consintiese en dilucidar lo que no quiso o no pudo esclarecer a su debido tiempo.

Por otra parte, siempre rechazó con enérgica indignación la tesis de que mi abuelo hubiese fallecido dos veces en el plazo de nueve días, ya que, según él, nadie, excepto algunos zambaigos del Caribe, poseían la rara cualidad de regresar a este mundo tras haber franqueado los umbrales de la muerte. Empeñábase, pues, el doctor Pastrana en asegurar que la primera de ambas defunciones no había sido tal, sino un caso vulgar de catalepsia, y que únicamente la precipitación o la ignorancia del médico que había certificado el óbito podrían justificar el error que posteriormente diera lugar a la difusión de tan absurda patraña. Sin embargo, aquella mañana de octubre, cuando Satura, la vieja criada que había visto morir a tres generaciones de mi familia, encontró a mi abuelo Narciso sentado en la taza del retrete, con los ojos en blanco y las manos yertas y engarabitadas, no dudó ni un momento de que estaba en presencia de un cadáver. Entre ella y mi madre, pues tía-abuela Engracia no se hallaba en condiciones de realizar tareas de esa índole, trasladaron a la cama el cuerpo, todavía flexible y tibio, de mi abuelo. Y, mientras tía-abuela Engracia se santiguaba una y otra vez como un muñeco mecánico e iniciaba el cómputo de los misterios dolorosos del santo rosario, mi madre subía a

avisar al médico que habitaba en el cuarto piso del inmueble. El vecino del cuarto bajó pocos minutos después: diagnosticó sin titubeos el fallecimiento de mi abuelo, sujetó su mandíbula con un pañuelo y taponó con algodones sus oídos y sus fosas nasales. A partir de ese instante, la casa se transformó en un hervidero de pisadas acuciosas, murmullos, rezos a media voz y cierres y aperturas de paraguas. El coadjutor de la parroquia absolvió *sub conditione* a los restos mortales de mi abuelo. Seres extraños, que se condolían indefectiblemente al enterarse de que yo, pobrecito niño, era el único varón superviviente de aquel hogar, me acariciaban y besuqueaban, humedeciendo mi rostro, no con lágrimas (pues mi abuelo Narciso era tan viejo y llevaba una existencia tan recoleta que hubiera sido difícil dar con alguien que sintiese deseos de llorar por él), sino con gotas de lluvia que aún no habían sido enjugadas. Aparecieron los empleados de la funeraria y ayudaron a Satura a vestir al difunto con un antiguo uniforme de guardia marina; luego, lo instalaron en un ataúd de caoba y satén acolchado, y pusieron entre sus manos un sable diminuto y sin filo que yo solía emplear en mis juegos. Mi madre se creyó obligada a tranquilizarme: «No te preocupes, hijo, cuando vayan a cerrar la tapa, te devolverán el sable.» Pero mi atención se había desviado del sable y se centraba en el pañuelo que ocultaba las rizadas patillas de mi abuelo y en la blanca lazada que, enhiesta sobre su cráneo, le hacía asemejarse a un gran conejo disfrazado de capitán de barco. Tía-abuela Engracia, situada a los pies del féretro, había concluido la letanía lauretana y, aunque la ocasión no era la más adecuada para ello, enunciaba el

primero de los misterios gozosos: «La Encarnación del Hijo de Dios.» Fue entonces cuando se presentó, con su arrugado maletín y su fétida cachimba, el doctor Anselmo Pastrana. se acercó al cadáver y lo contempló minuciosamente durante varios segundos. Después manifestó que deseaba hablar con mi madre. Le acompañé hasta el cuarto trastero, donde mi madre se encontraba rebuscando por cómodas y baúles algunas prendas de luto. Sin perderse en rodeos, el doctor Pastrana pidió permiso a mi madre para llevar a cabo una inofensiva prueba científica, consistente en inyectar al fallecido una pequeña dosis de un producto químico denominado fluoresceína, y advirtió que, si por ventura quedase un hálito de vida en el cuerpo de mi abuelo, éste absorbería la sustancia inoculada, tiñéndose acto seguido la epidermis de un color amarillo intenso, y el blanco de los ojos, de una brillante tonalidad verdosa. Entre suspiros de resignación que no lograban disimular su escepticismo, mi madre accedió a la propuesta del anciano doctor, y éste regresó sin demora al salón que hacía las veces de capilla ardiente. Rodeado por un

atónito silencio, don Anselmo Pastrana abrió su maletín, sacó una jeringa hipodérmica y un frasquito de vidrio oscuro, extrajo una minúscula cantidad de un líquido ambarino e, inclinándose sobre el difunto, clavó la aguja en alguna vena del cuello. Inmediatamente la piel de mi abuelo adquirió una rotunda coloración amarillenta. Nadie se atrevía a pronunciar palabra. Por fin, el doctor Pastrana levantó con el dedo meñique uno de los párpados de mi abuelo Narciso: el globo ocular era totalmente verde y refulgia como una esmeralda herida por un rayo de sol. Tía-abuela Engracia profirió un alarido espantoso y cayó desvanecida en los brazos del coadjutor de la parroquia, que bisbeaba latines baratos y temblaba de pies a cabeza. Un pariente lejano se escabulló rezongando veladas alusiones a la necromancia y a las reprobables costumbres de los marinos. Yo, aún me acuerdo, rompí a llorar. Pude oír, no obstante, al doctor Pastrana que murmuraba con regocijo: «Ah, Narciso, viejo putañero, estás más vivo que yo.» Vinieron de nuevo los empleados de las pompas fúnebres, y desmontaron deprisa y corriendo el deletéreo tinglado,



CAROLYN GARCÍA AIOVA

LA DOBLE MUERTE DE MI ABUELO NARCISO

pues no era prudente que mi abuelo recobrase el conocimiento y se viera embarcado en semejante piragua. De modo que fue conducido otra vez a la cama, lberado de algodones oclusivos y pañuelos cuniculares, y despojado de aquellos rancios atavíos náuticos con los que había estado en un tris de emprender su última travesía. Por lo que a mí respecta, cesé de lloriquear cuando hube rescatado el sable. Acudí prontamente el médico del piso de arriba y atirmó que el caso podía ser calificado de milagroso. Dicha aseveración indujo a tía-abuela Engracia, repuesta ya de su desmayo, a sufragar un novenario de acción de gracias en honor del bienaventurado San Narciso, obispo de Jerusalén, cuya próxima festividad habría de coincidir con el nonagésimoséptimo cumpleaños de mi abuelo Narciso. Respiraba éste serena y pausadamente, pero no volvía en sí, ni despegaba los párpados. Su piel continuaba teñida de amarillo; no era un amarillo pajizo o desvaído, sino un jalde esplendoroso, levemente anaranjado, como el de las yemas de los huevos. Obedeciendo las instrucciones del doctor Pastrana, y a fin de evitar que mi abuelo padeciera un violento sobresalto al recuperar sus facultades perceptivas y comprobar que su piel había captado tan singular tonalidad, Satura fue a la papelería más cercana y compró varios metros de celofán amarillo, con los que recubrimos los cristales de miradores y ventanas y las lámparas de las habitaciones en las que previsiblemente hubiera de entrar el enfermo. Y así, mi casa adquirió un colorido fantasmagórico y teatral, ya que, por efecto del celofán, los objetos azules tornáronse verdes, los rojos y parduscos cobraron matices azafranados y los que eran más o menos blancos o incoloros, como los vasos de agua y los rostros de las personas, se vieron dominados por la ubicua irrupción del amarillo, hasta el punto de que los andares pasicortos de Satura se me antojaban análogos a los de ciertos sicarios del doctor Fu-Manchú que, dos o tres semanas antes, había visto desfilan por la pantalla de un cine de sesión continua, y tía-abuela Engracia, con sus gafas redondas y sus ojillos diminutos y rasgados, más me parecía un viejo mandarín enfrascado en un libro canónico de Confucio que una decrepita solterona que releía por enésima vez las *Vidas de Santos para todos los días del año y explicación de las fiestas movibles* de don Joseph Miguel de Sarasa. Afuera

llovía, y el cielo era gris plumizo; pero, a través de las ventanas, atisbábamos un cielo azufrado, y la lluvia se había convertido en zumo de limón. No era fácil imaginar que el universo, regido por los omnímodos caprichos de la fluoresceína, pudiera cambiar algún día de color. Años más tarde me enteré de que los psicólogos atribuían al amarillo propiedades simultáneamente depresivas y turbadoras. ¿Fueron tal vez esas cualidades las que ahuyentaron a los visitantes e indujeron a los moradores de la casa a permanecer fuera de ella el mayor tiempo posible? Lo cierto es que Satura aprovechaba cualquier coyuntura para irse a charlar con la portera, con la cocinera del quinto piso (que le proporcionó una excelente receta del pastel de manzana) o con la suegra del panadero de la esquina; mi madre reanudó su intermitente amistad con un grupo de viudas cristianas que dedicaba las tardes al juego de la canasta, y las mañanas, al caritativo reparto de los beneficios vespertinos; y tía-abuela Engracia, con la excusa del novenario de acción de gracias en honor de San Narciso, había echado raíces en algún banco de la parroquia. No era, pues, excepcional que durante largas horas mi abuelo y yo fuésemos los únicos habitantes de la casa. Solía ir frecuentemente a su alcoba, con la vaga esperanza de asistir al fin de su letargo y ser yo, y no otro miembro de la familia el primero en describirle los curiosos pormenores de su resurrección. A veces le tomaba el pulso, que era débil y regular, y, levantando subrepticamente las sábanas, comprobaba que la tonalidad amarilla habíase adueñado de todo su cuerpo, incluso de las partes más íntimas; en un par de ocasiones, armándome de valor, llegué a despegarle los párpados: sus ojos continuaban siendo verdes, y hasta hubiese jurado que me miraban con expresión burlona. Sólo el doctor Pastrana nos visitaba a diario; venía precedido por el espantoso aroma de su pipa y, al penetrar en el vestíbulo, me propinaba un cariñoso pescozón y mascullaba: «Aquí me tienes, grumete, ¿hay alguna novedad a bordo?» Acaso el doctor Pastrana, habituado a contemplar tantos y tantos rostros asiáticos, no sufría, como los demás, los perturbadores efectos del color amarillo. Sacudía el paraguas sobre la alfombra, colgada el abrigo en el perchero, se encaminaba al dormitorio de mi abuelo y emitía desde la puerta un tronante

saludo: «Hola, capitán, ¿cuándo salimos del calmazo?» Aunque mi abuelo (pensaba yo) no podía oírlo, don Anselmo Pastrana se sentaba a la cabecera de la cama y pronunciaba interminables monólogos sobre temas y sucesos que a menudo distaban mucho de ser edificantes. Nadie, sin embargo, me prohibía escucharlos, porque las posibles censoras se hallaban ausentes, y el propio doctor Pastrana, barruntando que a mi edad poco había de sacar en limpio de sus pláticas, no se recataba en utilizar vocablos que mi madre no hu-



GABRIEL GARCÍA MOYA

don Anselmo Pastrana no se dirigía tanto a mi abuelo Narciso como a mí, pues era sólo un pobre viejo que deformaba los recuerdos y se complacía en fraguar inocuas supercherías ante un auditorio benévolo, mudo y bañado de luz jalde. Y en consecuencia, a medida que pasaban los días, los relatos se iban colmando de personajes fabulosos y apócrifos que durante muchos años habrían de poblar mis sueños infantiles. Desvaneciéronse las frágiles mellizas de Shanghai, y, al conjuro de la valedosa memoria del doctor, comparecieron suce-

hiera dudado en conceptualizar de licenciosos. El anciano facultativo de la marina mercante desgranaba con palpable delectación recuerdos pretéritos e imágenes remotas; mi abuelo, por su parte, no debía estar absolutamente privado de facultades auditivas, pues parecía curvar los labios en una tenue, placentera sonrisa. Suspiraba nostálgico el doctor Pastrana. «¿Te acuerdas, Narciso, de aquellas dos putas gemelas de Shanghai? Eran exactamente iguales, ¿verdad? Mis ojos no sabían distinguir las. Hasta que tú descubriste que una de ellas tenían un lunar debajo del ombligo. ¿Cómo se llamaban, Narciso? La del lunar era Li Ts'ing. ¿O era la otra? Nunca llegué a enterarme. Vivían en una casita a orillas del Huang-p'u, y desde el balcón se divisaba la techumbre roja de una pagoda...» Las evocaciones del doctor Pastrana surcaban las rutas del té y de las especias, navegaban a capricho de ventoleras imprevisibles y recalaban en todos los fondeaderos del Oriente, desde el canal de Suez hasta el mar de Tasmania. Ahora estoy seguro de que

sivamente, como espectros arrojados en el humo de su cachimba, los pescadores de perlas de Jaffna, los leprosos de Pondicherry, las ramerías antropófagas de Mogadiscio, los monjes-piratas que asolaban la Costa del Incienso, el naufrago portugués hallado a bordo de un sofá en el mar de Andamán, las bellísimas prostitutas enanas de Hong Kong, el malayo ciego que pilotaba un junco entre Sumbawa y Lombok... En aquella galería de fantasmas abundaban, como he dicho, las hipérbolos y las mentiras pladosas; pero nadie impugnaba su autenticidad, porque, a fin de cuentas, todo podía ser verosímil en una casa amarilla habitada por un resucitado y un niño. El doctor Pastrana encendía su pipa con parsimonia: «¿No conociste, Narciso, al maharajá de Needakara? Era un príncipe culto y poderoso, aunque algo excéntrico. Posela una manada de ciento cuarenta y cuatro elefantes blancos y un harén de hermafroditas. Fui llamado a su presencia porque había sufrido, con ocasión de una cacería de tigres, la mordedura letal de

LA DOBLE MUERTE DE MI ABUELO NARCISO

una cobra. El maharajá agonizaba en un aposento recubierto de marfil y jade, y en su delirio recitaba fragmentos del *Meghaduta* de Kalidasa. Logré arrancarlo de los brazos de la muerte. El príncipe, en señal de gratitud, pretendía obsequiarme con un elefante blanco y un hermafrodita negro. No resultó fácil hacerle entender, sin herir su susceptibilidad, que me era imposible embarcar con aquellas criaturas en un carguero cristiano. Entonces, me regaló un anillo de oro con una piedra tornasolada que variaba de color cuando se aproximaba cualquier desgracia. ¿No recuerdas, Narciso, el anillo del maharajá? Tuve la desgracia de perderlo durante aquel tifón que nos zarandó al oeste de Macassar...» Al caer la noche, se oscurecía, como la gema del príncipe de Neendakara, el tono azufrado de las ventanas, y la sonrisa de mi abuelo se hacía imperceptible; encendíamos las bombillas forradas de celofán, y el doctor Pastrana, después de tomar el pulso a mi abuelo y examinar una vez más el oceánico verdor de sus ojos, se incorporaba, salía de la alcoba, avanzaba lentamente por el pasillo y, mientras se ponía el gabán murmuraba: «Adiós, grumete, vigila bien el puente y la toldilla.» Sus pisadas se perdían en la escalera. Y el silencio reinaba por completo en la casa hasta que, a eso de las nueve o nueve y cuarto, retornaba la primera de las fugitivas. Aparecían casi al mismo tiempo, como si se hubiesen puesto de acuerdo para cruzar simultáneamente el umbral. Cenábamos deprisa, sin hablar apenas, y, al concluir, tía-abuela Engracia sacaba de un musiquero las *Vidas de Santos* de don Joseph Miguel de Sarasa, limpiaba sus gafas con el borde de la servilleta, calábase aquéllas y leía con voz temblona la biografía correspondiente a cada fecha: «Veintisiete de octubre. San Frumencio. Un filósofo llamado Metrodoro, movido por la curiosidad de ver tierras y conocer el mundo, emprendió varios viajes y llegó a Etiopía. A su vuelta presentó al emperador Constantino 'perlas y pedrería de grande precio. A su ejemplo, otro filósofo natural de Tiro, llamado Meropo, emprendió el mismo viaje, y con el mismo motivo...» Todos permanecemos callados, oyendo o aparentando oír a tía-abuela Engracia. Pero, ¿qué me importaban las vidas de San Frumencio, San Crispiniano o San Teodorito, muertos hacía tantos años, si en los mares del Oriente aún había piratas y enanas hermosísimas y ciegos

capaces de tripular un barco? ¿Qué valían las perlas que trajo el filósofo Metrodoro en comparación con la piedra adivinatoria que el maharajá había regalado al doctor Pastrana? No me atrevía, sin embargo, a interrumpir con mis anatemas la lectura de tía-abuela Engracia. Al fin y al cabo aquellas piadosas narraciones nocturnas constituían una especie de calendario anecdótico gracias al cual nos era dado saber que mi abuelo se había rendido a la inconsciencia y al subsiguiente amarilleo el día de San Caprasio y que, nueve días más tarde, festividad de San Narciso, cumpliría noventa y siete años de edad. La víspera del cumpleaños transcurrió con monótona normalidad: tía-abuela Engracia se refugió en la parroquia, mi madre se unió al grupo de viudas cristianas, Saturia fue a visitar a la cocinera del quinto piso y el doctor Pastrana llegó a la hora de costumbre, sacudió el paraguas sobre la alfombra, se sentó junto al lecho de mi abuelo y evocó a los suicidas de Kamaishi, a las meretrices políglotas de Singapur y a los tímidos vegetarianos que moraban en un islote perdido al sur de las Maldivas. Después de cenar, tía-abuela Engracia leyó las vidas de San Simón Zelotes y San Judas Tadeo. El veintinueve de octubre amaneció lluvioso, pero escampó al mediodía, y eso debió de inducir a las tráfugas a anticipar su evasión. El doctor Pastrana vino sin paraguas. Fuimos a la alcoba de mi abuelo e inmediatamente, comenzó el desfile de imágenes remotas. Glosaba el doctor la serena delicadeza de las bailarinas javanesas cuando, de súbito, mi abuelo Narciso abrió los ojos (que continuaban siendo terriblemente verdes) y por fuerza hubo de advertir que sus manos y nuestros rostros y las sábanas y las paredes y los cristales de la ventana eran amarillos. Intentó decir algo; pero sólo consiguió emitir un gemido, como un gorjeo truncado, y volvió a perder el conocimiento. Poco a poco, la piel y los ojos de mi abuelo fueron recobrando su color natural, y el doctor Pastrana y yo comprendimos que había muerto definitivamente. Aquella misma noche, la casa, liberada del maleficio del celofán y la fluorescencia, dejó de ser amarilla y tía-abuela Engracia leyó con voz más temblorosa que nunca la vida de San Narciso. Al día siguiente, cuando los empleados de la funeraria cerraron la tapa del ataúd, olvidaron devolverme el sable. ■ S.R.S.

Madrid, mayo 1981